

EL BIEN PÚBLICO

Los baños de mar

El Abuelo acompañó aquella tarde a Dominguito a tomar un baño. Anselmo, el fiel criado de la casa, el encargado de enseñar a nadar al pequeño, y quiso el anciano asistir a lecciones que de ese tan saludable y arriesgado ejercicio le diera Anselmo. Otro objeto obligó al Abuelo a acompañarles, y era el de quitarle a Dominguito el miedo que le tenía al mar. Y como el simpático Morán, uno de los dueños de los celebrados baños, era amigo suyo, no vaciló, y en un taxi se dirigió con ellos hacia la Barceloneta. Instalado junto a la piscina, y sentado en una mecedora que le cedió su amigo Morán, frente al cuarto en que Dominguito y Anselmo vistieron sus trajes de baño, sonreía mirando a Dominguito, que agrandaba los ojos, y se rasaba la cabeza mirando al anciano. —Vamos, hombre!... Métete en el agua de una vez. —Es que me da mucho miedo. —No temas. Ahí está Anselmo, —Si, pero es que Anselmo no endurece el agua que yo trague, que está muy amarga, y me da miedo. —Y ese miedo hace que tragues esa agua que tan mal te sabe, y hay que aprender a nadar, que es lo que debieran hacer todos los nacidos, pues nadie sale los trances en que puede verse en el resto de sus días. —Oyeme atento, Dominguito, y oye también, Anselmo, y aprenderás por qué no te hundes cuando nada, y que lo practicas por instinto, sin pensar en nada. —Las lecciones que Anselmo te da, no mío, no están mal, porque te enseñan a copiar los movimientos que hacen los animales para avanzar dentro del agua, y eso no es sólo eso lo que se necesita para aprender. —En primer lugar, como te he repetido, hay que perder el miedo, y ese se pierde cuando se adquiere la plena seguridad de que el cuerpo humano aleja las posibilidades de hundirse en el agua cuando ese cuerpo aumenta de volumen. —Comprendes? —A medias, Abuelo. —Vamos a hacerlo más comprensible. Cuando un cuerpo flota es la demostración de que el peso del volumen de agua que desaloja es igual o superior a la parte de cuerpo sumergida. —Más claro: Si a un cuerpo que se sumerge con lo que demuestra que su peso es mayor que el volumen de agua que desaloja, le podemos aumentar de volumen sin que su peso aumente en igual proporción, irá aumentando gradualmente el peso del agua que desaloja, hasta el momento en que el volumen sea mayor, y entonces el cuerpo flota tanto más cuanto mayor sea la diferencia. —¿Me entiendes? —Si, pero no del todo... Soy tan torpe... —No, hijo, no! Pero yo buscaré un ejemplo para que te convenzas. ¡Si!

Eso es: echa tu balón al agua, Dominguito. —Se estropeará, Abuehito. —No temas: se seca luego, y en último resultado, se compra otro y en paz, pues más valor que el balón tiene lo que quiero demostrarte. Dominguito echó el balón en la piscina. —¿Qué pasa? —preguntó el Abuelo. —Que no se hunde. —¡Claro!... ¿Cómo se va hundir si desaloja una muy pequeña cantidad de agua con relación a su volumen. —¿Y si la pelota fuera de hierro? —De hierro, y maciza, se iría al fondo sin remisión; pero si estuviera hueca como la pelota, y su tamaño estuviera en relación con su peso, sobrenadaría también. —Así se explica que no se vayan a fondo esos enormes buques que pesan miles de toneladas, porque son como el cascarón de una pelota, y vamos a comprobarlo. —Dominguito, quítale al balón la cubierta, y llenemos de agua la pelota hasta el gollete. —¡Se echará a perder, Abuelo! —No importa: hazlo. Dominguito desinfló la pelota y la llenó de agua. —Ahora verás tú como se va al fondo. —Y lo perderé... —No seas tonto; hazlo. Ya ves como se hunde. Si ahora le fuéramos quitando agua, que sería lo mismo que introducir aire en ella, la pelota se hundiría cada vez menos hasta que sobrenadaría, ¿comprendes? —Si, Abuehito; pero como yo no soy pelota, tengo miedo a... —A nada, que tenga sentido común, porque el cuerpo humano está sujeto a diferencias de volumen por efecto de la respiración, sin que por ello se altere su peso. —De manera que, para sostenerse a flote en el mar, no hay más que dilatar bien los pulmones llenándolos de aire, y con un sencillo movimiento de las extremidades te mantendrás a flote, sin miedo ninguno, porque los gritos que lanza el temeroso le hacen perder el aire necesario para la flotación, y ya no se puede recobrar, porque se sumerge la nariz en el agua y el cuerpo se hunde. —De manera que con esta sencilla regla... —Basta para flotar; para no ahogarse. Ahora faltan los ejercicios corporales para que el baño sea saludable, pero eso corre a cargo de Anselmo, con que... ¡al agua, patos!... Y como el muchacho tenía fe en su abuelo, se echó al agua. Y Dominguito pudo comprobar cuanto le había dicho.

EL ABUELO

T. B. O. SEMANARIO INFANTIL. Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados. Historietas, Cuentos, Chascarrillos. Precio: 0'10 pesetas. Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Síntes Rotger, Plaza del Príncipe, 17.

Le suprimieron el cine y la cena, por ser desobediente y desaplicado

PERO LA ABUELITA SUPO HACER MENOS DOLOROSO EL CASTIGO IMPUESTO POR PAPÁ. —Papá, pero es posible que esta noche vayamos a dejarnos sin cenar? —Si, señor, sin cenar y sin ir al cine durante una semana. —¿Y qué he hecho yo para que así me castigues? —Desobedecerte. Ser malo. No dejar tranquila a tu madre un minuto. Impacientarla, marearla. —Si. Muy bien. Pero como tu comprenderás, el estómago no tiene la culpa de todo eso. —El estómago, como es parte integrante de ti, sufrirá las consecuencias. —¿Crees tu que si él lo hubiera visto, habría sido capaz de incurrir en tanto enojo? —Así, aprenderás para otra vez. —Papá, que tengo mucha hambre. Sé clemente. —No hay clemencias para tus desobediencias. Mañana estarás más listo, madrugarás mejor y, sobre todo, estudiarás con más facilidad. —Como voy a estudiar con el estómago vacío! Tu no sabes la condena tan grande que me impones. —Ya verás, ya verás. Yo te aseguro que mejoras o dejo de ser tu padre. —Comprende papaito. Yo prometo, obediencia, sumisión. Haré lo que me mandes, estudiaré. No incomodaré a mamá, pero por lo que más quieras, esta noche dame de cenar. Y no hubo forma. El pequeño Luisito forcejeaba con su padre de una manera titánica. Estaba defendiendo su cena. Y esta a juzgar por los propósitos paternos, cada vez se alejaba más de él. Luisito no sabía donde recurrir. Había sido malo, revoltoso. Las notas del colegio fueron un desastre. Tanto papá como mamá, conviniere en tomar represalias. Y las mayores y mejores consistían en atacarle de frente. —¿Le gustaba a Luisito el teatro? Pues a suprimírselo. Gozaba de la cena con la cena el pequeño, porque era glotón exagerado, y su papá, aquella noche, por vía de ensayo, acordó el suprimírsela. —Todos los caminos estaban cerrados. Luisito iba a irse a la cama con el estómago vacío. Maldecía su mala suerte y el rigor de la pena a que le sometían. Naturalmente, el culpable había sido él. Abusó un día y otro, no tuvo en cuenta los desvelos y sacrificios de los suyos y llegó el buen día de la revancha. —¡Y que revancha! Dejarlo acostar sin cenar. Luisito se despidió de la cena con una amargura infinita. Aquel pastel de merluza tan estupendo que su madre había hecho. La salsa mayonesa tan rica y tan sabrosa, se perdería. Los huevos rellenos de picadillo de salmón y de yema. Todo lo invocaba y comía con el pensamiento. Prometió cambiar, ser otro. Había que hacerse acreedor al cariño de sus padres. No estaba ni medio bien, lo que venía haciendo. Y decidido, como quien toma una determinación enérgica, fué a papá y le dijo: —Bien, papá. Acepto vuestro mandato. Me acuerdo sin cenar. No iré al cine en toda la semana, pero desde mañana, ténglo presente, voy a ser otro. No me vais a conocer. —Bueno, bueno. Haz méritos y ya verás como nosotros rectificamos enseguida. —No voy a hacer méritos. Voy a cumplir con mi deber. Ahora me acuerdo. Mañana ya veréis si soy o no soy otro. Y sin decir más. Se fué a la cama, con el estómago vacío, pensando en su mal comportamiento y en la mejora que se imponía de sus hábitos y costumbres. Cuando Luisito llegaba a su alcoba estaba la buena de su abuelita, como una santa, esperándole. —Toma, toma, come pronto. Que no se entere tu padre. Aquí tienes el pastel de merluza, los huevos, las naranjas y el flan.

Abuela, Tu eres lo más grande de la creación. Por tí cenó y por tí voy a cambiar. Ya lo verás.

Y en dos segundos dió pronto remate a las viandas, haciéndose promesa de ser otro en adelante.

MANUEL ALMENARES.

Varias leyendas atribuyen un poder maléfico a la R

DE AHÍ LA ENEMIGA A EJERCER CIERTOS HÁBITOS EN DÍAS DE LA CONSONANTE

Lo mismo que la langosta no se pesca, ni es conveniente el hacerlo, en meses del año que lleven en su composición de nombre la letra ere, igualmente no debe cortarse las uñas, en días de semana donde haya dicha consonante. —¿Porqué? Hay quien afirma, que la ere, es una consonante demoníaca, muy mala. Es principio de Rebelión, de Rencor, de Revancha. Nada mejor, pues, que estar a salvo de sus iras y de sus enojos. —¿Qué puede pasar, si nos rebelamos contra ella? No sabemos. Pero la costumbre está demasiado generalizada. Hay quien afirma que las uñas deben cortarse los lunes. Y para robustecerla, insinúan el haber estado siempre libres de los dolores dentarios y de las molestias de padastros en los dedos, y de las molestias de padastros en los dedos. —Será casualidad o será coincidencia. Nosotros por sí afirmamos el haber estado distantes de sufrir los enojos de la ere. —¿Porque nos cortamos las uñas los lunes? ¡Quizás! A ver si lograis ahuyentar de vosotros el encaro de la ere. LOS MALDICIENTES Bertoldino es tan tramposo, jactancioso, pretencioso, y a la par tan quisquilloso, que, en lugar de hacerse amigos, es tan falso y mentiroso, tan liso, que sólo crea enemigos. Es su lengua viperina, tan taimada, tan dañina, que nunca respetó nada, ni para él hubo sagrada cosa humana ni divina, ni una sombra de cariño, ya de niño le mereció ni un instante la reputación ajena, ni para él hubo obra buena ni talento relevante. Y tanto despotricó niño y hombre, el tipo aquél, que todos huían de él, y finalmente se vió despreciado, maldecido por todos, aborrecido por su afán desenfadado de hablar mal de todo el mundo y vió con dolor profundo y reconcentrada ira, que si en el mundo traidor cada cosa es del color del cristal con que se mira, aquel cristal por el cual sus hechos miraba el mundo de su proceder inmundo era espejo aquél cristal. Niños, pensad el castigo que suele llevar consigo el que habla de otros en mengua pues siempre, siempre su lengua es su peor enemigo. ARIEL.

EL MIEDO

Son las doce de la noche, hora en que, según los cuentos malos, aparecen los duendes.

Manolo, acostado en su pequeña cama, está solo en casa.

Sus padres han salido. El tiene miedo, y se tapa completamente con la sábana exponiéndose a asfixiarse.

Oye un ruido sospechoso, monótono; quiere gritar y no puede; se le erizan los cabellos. Cree que vienen por él seres endiablados y que lo llevan al infierno. Pasa un rato temblando de miedo, pero no cesan los extraños y persistentes golpes, cada vez más fuertes... Reza, promete a Dios ser más bueno en adelante, intenta dormirse, pero lo rechaza Morfeo; la cabeza le da vertiginosas vueltas, cree que le va a estallar...

II

Por fin oye el ruido de la llave en la cerradura, y respira; oye pasos, son sus padres y grita:

—¡Papá! ¡Mamá!

Sus padres presurosos acuden, extrañados de que esté despierto aún, encienden la luz...

Los golpes extraños, que le atemorizaban y le ponían los pelos de punta, los produce el gato, con una silla, que tiene una pata corta.

Manolo, se avergüenza de sí mismo, prometiéndole en lo sucesivo ser más valiente.

Como veis, queridos niños, no existen duendes, es el mismo miedo el que los crea. Sed valientes, pero sin dejar de ser prudentes.

MANUEL HERRERA F.

Lo que todos debíamos saber

Afirmar algunas entimencias médicas que, al subir una escalera se pone con firmeza todo el pie en cada escalón, no sólo no se siente fatiga por alta que sea la escalera, sino que se hace un excelente ejercicio.

El corazón del hombre late 81 veces por minuto cuando está de pie; 71 cuando está sentado y 60 cuando está tendido.

Las personas que tienen las sienes más abultadas por encima de los ojos que por debajo, y cuya cabeza se ensancha sobre las orejas, tienen generalmente mejor gusto musical que las de caracteres contrarios.

En los sepulcros del antiguo Egipto, se han encontrado flores muy bien conservadas, que por lo menos tenían de cinco a seis mil años, así como tarros de perfumes que aún conservaban un olor muy penetrante.

Hay insectos que están completamente desarrollados media hora después de haber nacido.

En las fábricas de objetos de marfil no se desperdicia nada, pues el polvo, y las virutas se queman y se obtiene el negro marfil tan usado en la pintura.

El crecimiento rápido de las uñas se considera señal de buena salud.

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

— POR —
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(11)

primeros ardores de su juventud, hoy sería un hombre apto para todo y no un triste desheredado de la vida.

La sonora sirena de un automóvil le sacó de su ensimismamiento y, mirando a sus pies, vio al «Mercedes» que subía lentamente la espiral con la perseverante tenacidad de un gato que se agarra a una pared a caza de su presa. Con verdadera ansiedad esperó la entrada del médico encargado de aplicarle el tratamiento impuesto por los facultativos franceses y que sin duda alguna llegaba al castillo en aquel instante...

Era el médico un guapo mozo, un apuesto muchacho, de aspecto distinguido y elegante, en quien se adivinaba enseguida al hombre de desahogada posición económica. Fisaría en los veintiocho años pero, a pesar de su

Refranes muy usuales

¿Adonde se fué la del manto de seda? Quiere referirse este refrán a una persona que se fué muy lejos.

—Adonde sople el viento. A cualquier parte.

—¿Adonde vas mal? Adonde más hay. Explica este refrán que nunca un mal viene solo.

—¿Adonde buenos? Adonde se vá.

—Adiós, que esquilan. Habla del que tiene prisa y se despide rápido.

—Adiós y veámonos, como dijo un ciego a otro. Sejemplera cuando se despiden y buscan una más frecuente relación.

Unas buenas ventajas, malos inconvenientes

Saber nadar y causar la admiración de las gentes, es una ventaja que habla mucho a nuestra vanidad. Pero volver a la playa y encontrarnos sin ropa, es un inconveniente.

Llevar el monedero repleto de plata y pensar lo divertido que lo va a pasar, es una ventaja, pero que un ratero en el tranvía os deje sin el monedero, es un inconveniente.

A las carreras de caballos sin tener entrada

PERO PASAN POR EL DUEÑO, EL JOCKEY Y EL CABALLO FAVORITO.

Los tres amigos son entrañables, los tres gustan de asistir a las carreras de caballos. Más los tres carecen de medios para proporcionarse la entrada.

—¿Cómo entraremos a ver correr el caballo Favorito? pregunto uno.

—El problema es bien difícil, murmura el otro.

—La consigna es severísima. No pasa nadie sin entrada, contesta el tercero.

Y los tres están en este apuro. Quieren ver correr a Favorito y perder la esperanza de conseguirlo.

Uno de ellos se separa del grupo y dice:

—Yo, voy a entrar.

—¿Cómo? — pregunta el otro.

—Ahora lo veréis.

Y se dirige a la puerta y muy serio y grave, con aire de gran señor pasa y dice al portero:

—Soy el propietario del caballo Favorito.

El empleado le hace una reverencia y el hombre va para dentro muy orondo y satisfecho.

El otro amigo se maravilla de la frescura del compañero. Hace un esfuerzo de ingenio y en la misma puerta desgrana estas palabras.

—Soy el jockey del caballo Favorito.

Y el último compañero se quedó de una piedra viendo que le habían agotado el tema, y ya no cabían tretas ni argucias. Pero se echó a tierra y a cuatro patas camina para decir al portero:

—Soy el caballo Favorito.

He aquí una carta que el sobrino dirige a su tía. Ignoran en la casa del muchacho su salida y su viaje. Por lo tanto, se vale de una sencilla treta para escribir a su tía sin que en su casa se enteren y sepan leer la carta.

¿Y qué es lo que se le ha ocurrido? ¿Escribir en checoslovaco? Nada de eso. La ha escrito, invertida, al revés.

Vosotros como ya lo sabéis, no os va a costar mucho trabajo el leer la epistolita. Todo es cuestión de empezar por el final de cada palabra. Dice la carta:

Adireuq ait: Eh odagell nls dadevon seupsed ed nu ejaiv odasep y osonep.

Ne al nóicatse abadruaga onairfoiciv nec sal sarrellabac oy etnom ne al augey y im luab ódeuq odata anicne led olum otidrop.

Somadrat sies saroh y nu otunim ne ragell.

Nu onimac osoicerp y ergela le noziroc ed arreis anerom sohcum sorot ohcum odelm ay et eribircese sam ognet asirp nu ozarba.

Onairam.

Los tres amigos son entrañables, los tres gustan de asistir a las carreras de caballos. Más los tres carecen de medios para proporcionarse la entrada.

—¿Cómo entraremos a ver correr el caballo Favorito? pregunto uno.

—El problema es bien difícil, murmura el otro.

—La consigna es severísima. No pasa nadie sin entrada, contesta el tercero.

Y los tres están en este apuro. Quieren ver correr a Favorito y perder la esperanza de conseguirlo.

Uno de ellos se separa del grupo y dice:

—Yo, voy a entrar.

—¿Cómo? — pregunta el otro.

—Ahora lo veréis.

Y se dirige a la puerta y muy serio y grave, con aire de gran señor pasa y dice al portero:

—Soy el propietario del caballo Favorito.

El empleado le hace una reverencia y el hombre va para dentro muy orondo y satisfecho.

El otro amigo se maravilla de la frescura del compañero. Hace un esfuerzo de ingenio y en la misma puerta desgrana estas palabras.

—Soy el jockey del caballo Favorito.

Y el último compañero se quedó de una piedra viendo que le habían agotado el tema, y ya no cabían tretas ni argucias. Pero se echó a tierra y a cuatro patas camina para decir al portero:

—Soy el caballo Favorito.

Los tres amigos son entrañables, los tres gustan de asistir a las carreras de caballos. Más los tres carecen de medios para proporcionarse la entrada.

—¿Cómo entraremos a ver correr el caballo Favorito? pregunto uno.

—El problema es bien difícil, murmura el otro.

—La consigna es severísima. No pasa nadie sin entrada, contesta el tercero.

Y los tres están en este apuro. Quieren ver correr a Favorito y perder la esperanza de conseguirlo.

Uno de ellos se separa del grupo y dice:

—Yo, voy a entrar.

—¿Cómo? — pregunta el otro.

—Ahora lo veréis.

Y se dirige a la puerta y muy serio y grave, con aire de gran señor pasa y dice al portero:

—Soy el propietario del caballo Favorito.

El empleado le hace una reverencia y el hombre va para dentro muy orondo y satisfecho.

El otro amigo se maravilla de la frescura del compañero. Hace un esfuerzo de ingenio y en la misma puerta desgrana estas palabras.

—Soy el jockey del caballo Favorito.

Y el último compañero se quedó de una piedra viendo que le habían agotado el tema, y ya no cabían tretas ni argucias. Pero se echó a tierra y a cuatro patas camina para decir al portero:

—Soy el caballo Favorito.

Los tres amigos son entrañables, los tres gustan de asistir a las carreras de caballos. Más los tres carecen de medios para proporcionarse la entrada.

—¿Cómo entraremos a ver correr el caballo Favorito? pregunto uno.

—El problema es bien difícil, murmura el otro.

—La consigna es severísima. No pasa nadie sin entrada, contesta el tercero.

Y los tres están en este apuro. Quieren ver correr a Favorito y perder la esperanza de conseguirlo.

Uno de ellos se separa del grupo y dice:

—Yo, voy a entrar.

—¿Cómo? — pregunta el otro.

—Ahora lo veréis.

Y se dirige a la puerta y muy serio y grave, con aire de gran señor pasa y dice al portero:

—Soy el propietario del caballo Favorito.

El empleado le hace una reverencia y el hombre va para dentro muy orondo y satisfecho.

El otro amigo se maravilla de la frescura del compañero. Hace un esfuerzo de ingenio y en la misma puerta desgrana estas palabras.

—Soy el jockey del caballo Favorito.

Y el último compañero se quedó de una piedra viendo que le habían agotado el tema, y ya no cabían tretas ni argucias. Pero se echó a tierra y a cuatro patas camina para decir al portero:

—Soy el caballo Favorito.

Los tres amigos son entrañables, los tres gustan de asistir a las carreras de caballos. Más los tres carecen de medios para proporcionarse la entrada.

—¿Cómo entraremos a ver correr el caballo Favorito? pregunto uno.

—El problema es bien difícil, murmura el otro.

—La consigna es severísima. No pasa nadie sin entrada, contesta el tercero.

Y los tres están en este apuro. Quieren ver correr a Favorito y perder la esperanza de conseguirlo.

Uno de ellos se separa del grupo y dice:

—Yo, voy a entrar.

—¿Cómo? — pregunta el otro.

—Ahora lo veréis.

Y se dirige a la puerta y muy serio y grave, con aire de gran señor pasa y dice al portero:

—Soy el propietario del caballo Favorito.

El empleado le hace una reverencia y el hombre va para dentro muy orondo y satisfecho.

El otro amigo se maravilla de la frescura del compañero. Hace un esfuerzo de ingenio y en la misma puerta desgrana estas palabras.

—Soy el jockey del caballo Favorito.

Y el último compañero se quedó de una piedra viendo que le habían agotado el tema, y ya no cabían tretas ni argucias. Pero se echó a tierra y a cuatro patas camina para decir al portero:

—Soy el caballo Favorito.

Los tres amigos son entrañables, los tres gustan de asistir a las carreras de caballos. Más los tres carecen de medios para proporcionarse la entrada.

—¿Cómo entraremos a ver correr el caballo Favorito? pregunto uno.

—El problema es bien difícil, murmura el otro.

—La consigna es severísima. No pasa nadie sin entrada, contesta el tercero.

Y los tres están en este apuro. Quieren ver correr a Favorito y perder la esperanza de conseguirlo.

Uno de ellos se separa del grupo y dice:

—Yo, voy a entrar.

—¿Cómo? — pregunta el otro.

—Ahora lo veréis.

Y se dirige a la puerta y muy serio y grave, con aire de gran señor pasa y dice al portero:

—Soy el propietario del caballo Favorito.

El empleado le hace una reverencia y el hombre va para dentro muy orondo y satisfecho.

El otro amigo se maravilla de la frescura del compañero. Hace un esfuerzo de ingenio y en la misma puerta desgrana estas palabras.

—Soy el jockey del caballo Favorito.

Y el último compañero se quedó de una piedra viendo que le habían agotado el tema, y ya no cabían tretas ni argucias. Pero se echó a tierra y a cuatro patas camina para decir al portero:

—Soy el caballo Favorito.

Los tres amigos son entrañables, los tres gustan de asistir a las carreras de caballos. Más los tres carecen de medios para proporcionarse la entrada.

—¿Cómo entraremos a ver correr el caballo Favorito? pregunto uno.

—El problema es bien difícil, murmura el otro.

—La consigna es severísima. No pasa nadie sin entrada, contesta el tercero.

Y los tres están en este apuro. Quieren ver correr a Favorito y perder la esperanza de conseguirlo.

Uno de ellos se separa del grupo y dice:

—Yo, voy a entrar.

—¿Cómo? — pregunta el otro.

—Ahora lo veréis.

Y se dirige a la puerta y muy serio y grave, con aire de gran señor pasa y dice al portero:

—Soy el propietario del caballo Favorito.

El empleado le hace una reverencia y el hombre va para dentro muy orondo y satisfecho.

El otro amigo se maravilla de la frescura del compañero. Hace un esfuerzo de ingenio y en la misma puerta desgrana estas palabras.

—Soy el jockey del caballo Favorito.

Y el último compañero se quedó de una piedra viendo que le habían agotado el tema, y ya no cabían tretas ni argucias. Pero se echó a tierra y a cuatro patas camina para decir al portero:

—Soy el caballo Favorito.

Los tres amigos son entrañables, los tres gustan de asistir a las carreras de caballos. Más los tres carecen de medios para proporcionarse la entrada.

—¿Cómo entraremos a ver correr el caballo Favorito? pregunto uno.

—El problema es bien difícil, murmura el otro.

—La consigna es severísima. No pasa nadie sin entrada, contesta el tercero.

Y los tres están en este apuro. Quieren ver correr a Favorito y perder la esperanza de conseguirlo.

Uno de ellos se separa del grupo y dice:

—Yo, voy a entrar.

—¿Cómo? — pregunta el otro.

—Ahora lo veréis.

Y se dirige a la puerta y muy serio y grave, con aire de gran señor pasa y dice al portero:

—Soy el propietario del caballo Favorito.

El empleado le hace una reverencia y el hombre va para dentro muy orondo y satisfecho.

El otro amigo se maravilla de la frescura del compañero. Hace un esfuerzo de ingenio y en la misma puerta desgrana estas palabras.

—Soy el jockey del caballo Favorito.

Y el último compañero se quedó de una piedra viendo que le habían agotado el tema, y ya no cabían tretas ni argucias. Pero se echó a tierra y a cuatro patas camina para decir al portero:

—Soy el caballo Favorito.

Los tres amigos son entrañables, los tres gustan de asistir a las carreras de caballos. Más los tres carecen de medios para proporcionarse la entrada.

—¿Cómo entraremos a ver correr el caballo Favorito? pregunto uno.

—El problema es bien difícil, murmura el otro.

—La consigna es severísima. No pasa nadie sin entrada, contesta el tercero.

Y los tres están en este apuro. Quieren ver correr a Favorito y perder la esperanza de conseguirlo.

Uno de ellos se separa del grupo y dice:

—Yo, voy a entrar.

—¿Cómo? — pregunta el otro.

—Ahora lo veréis.

Y se dirige a la puerta y muy serio y grave, con aire de gran señor pasa y dice al portero:

—Soy el propietario del caballo Favorito.

El empleado le hace una reverencia y el hombre va para dentro muy orondo y satisfecho.

El otro amigo se maravilla de la frescura del compañero. Hace un esfuerzo de ingenio y en la misma puerta desgrana estas palabras.

—Soy el jockey del caballo Favorito.

Y el último compañero se quedó de una piedra viendo que le habían agotado el tema, y ya no cabían tretas ni argucias. Pero se echó a tierra y a cuatro patas camina para decir al portero:

—Soy el caballo Favorito.

Los tres amigos son entrañables, los tres gustan de asistir a las carreras de caballos. Más los tres carecen de medios para proporcionarse la entrada.

—¿Cómo entraremos a ver correr el caballo Favorito? pregunto uno.

—El problema es bien difícil, murmura el otro.

—La consigna es severísima. No pasa nadie sin entrada, contesta el tercero.

Y los tres están en este apuro. Quieren ver correr a Favorito y perder la esperanza de conseguirlo.

Uno de ellos se separa del grupo y dice:

—Yo, voy a entrar.

—¿Cómo? — pregunta el otro.

—Ahora lo veréis.

Y se dirige a la puerta y muy serio y grave, con aire de gran señor pasa y dice al portero:

—Soy el propietario del caballo Favorito.

El empleado le hace una reverencia y el hombre va para dentro muy orondo y satisfecho.

El otro amigo se maravilla de la frescura del compañero. Hace un esfuerzo de ingenio y en la misma puerta desgrana estas palabras.

—Soy el jockey del caballo Favorito.

Y el último compañero se quedó de una piedra viendo que le habían agotado el tema, y ya no cabían tretas ni argucias. Pero se echó a tierra y a cuatro patas camina para decir al portero:

—Soy el caballo Favorito.

Los tres amigos son entrañables, los tres gustan de asistir a las carreras de caballos. Más los tres carecen de medios para proporcionarse la entrada.

—¿Cómo entraremos a ver correr el caballo Favorito? pregunto uno.

—El problema es bien difícil, murmura el otro.

—La consigna es severísima. No pasa nadie sin entrada, contesta el tercero.

Y los tres están en este apuro. Quieren ver correr a Favorito y perder la esperanza de conseguirlo.

Uno de ellos se separa del grupo y dice:

—Yo, voy a entrar.

—¿Cómo? — pregunta el otro.

—Ahora lo veréis.

Y se dirige a la puerta y muy serio y grave, con aire de gran señor pasa y dice al portero:

—Soy el propietario del caballo Favorito.

El empleado le hace una reverencia y el hombre va para dentro muy orondo y satisfecho.

El otro amigo se maravilla de la frescura del compañero. Hace un esfuerzo de ingenio y en la misma puerta desgrana estas palabras.

—Soy el jockey del caballo Favorito.

Y el último compañero se quedó de una piedra viendo que le habían agotado el tema, y ya no cabían tretas ni argucias. Pero se echó a tierra y a cuatro patas camina para decir al portero:

—Soy el caballo Favorito.

Los tres amigos son entrañables, los tres gustan de asistir a las carreras de caballos. Más los tres carecen de medios para proporcionarse la entrada.

—¿Cómo entraremos a ver correr el caballo Favorito? pregunto uno.

—El problema es bien difícil, murmura el otro.

—La consigna es severísima. No pasa nadie sin entrada, contesta el tercero.

Y los tres están en este apuro. Quieren ver correr a Favorito y perder la esperanza de conseguirlo.

Uno de ellos se separa del grupo y dice:

—Yo, voy a entrar.

—¿Cómo? — pregunta el otro.

—Ahora lo veréis.

Y se dirige a la puerta y muy serio y grave, con aire de gran señor pasa y dice al portero:

—Soy el propietario del caballo Favorito.

El empleado le hace una reverencia y el hombre va para dentro muy orondo y satisfecho.

El otro amigo se maravilla de la frescura del compañero. Hace un esfuerzo de ingenio y en la misma puerta desgrana estas palabras.

—Soy el jockey del caballo Favorito.

Y el último compañero se quedó de una piedra viendo que le habían agotado el tema, y ya no cabían tretas ni argucias. Pero se echó a tierra y a cuatro patas camina para decir al portero:

—Soy el caballo Favorito.

Los tres amigos son entrañables, los tres gustan de asistir a las carreras de caballos. Más los tres carecen de medios para proporcionarse la entrada.

—¿Cómo entraremos a ver correr el caballo Favorito? pregunto uno.

—El problema es bien difícil, murmura el otro.

—La consigna es severísima. No pasa nadie sin entrada, contesta el tercero.

Y los tres están en este apuro. Quieren ver correr a Favorito y perder la esperanza de conseguirlo.

Uno de ellos se separa del grupo y dice:

—Yo, voy a entrar.

—¿Cómo? — pregunta el otro.

—Ahora lo veréis.

Y se dirige a la puerta y muy serio y grave, con aire de gran señor pasa y dice al portero:

—Soy el propietario del caballo Favorito.

El empleado le hace una reverencia y el hombre va para dentro muy orondo y satisfecho.

El otro amigo se maravilla de la frescura del compañero. Hace un esfuerzo de ingenio y en la misma puerta desgrana estas palabras.

—Soy el jockey del caballo Favorito.

Y el último compañero se quedó de una piedra viendo que le habían agotado el tema, y ya no cabían tretas ni argucias. Pero se echó a tierra y a cuatro patas camina para decir al portero:

—Soy el caballo Favorito.

Los tres amigos son entrañables, los tres gustan de asistir a las carreras de caballos. Más los tres carecen de medios para proporcionarse la entrada.

—¿Cómo entraremos a ver correr el caballo Favorito? pregunto uno.

—El problema es bien difícil, murmura el otro.

—La consigna es severísima. No pasa nadie sin entrada, contesta el tercero.

Y los tres están en este apuro. Quieren ver correr a Favorito y perder la esperanza de conseguirlo.

Uno de ellos se separa del grupo y dice:

—Yo, voy a entrar.

—¿Cómo? — pregunta el otro.

—Ahora lo veréis.

Y se dirige a la puerta y muy serio y grave, con aire de gran señor pasa y dice al portero:

—Soy el propietario del caballo Favorito.

El empleado le hace una reverencia y el hombre va para dentro muy orondo y satisfecho.

El otro amigo se maravilla de la frescura del compañero. Hace un esfuerzo de ingenio y en la misma puerta desgrana estas palabras.

—Soy el jockey del caballo Favorito.

Y el último compañero se quedó de una piedra viendo que le habían agotado el tema, y ya no cabían tretas ni argucias. Pero se echó a tierra y a cuatro patas camina para decir al portero:

—Soy el caballo Favorito.

No se conoce la profesión de zapatero en la Manchuria

SE CONSTRUYEN ELLOS MISMOS EL CALZADO, CON PIELES Y YERBA SECA

Los habitantes de la Manchuria occidental son gentes muy industriosas. Allí no existe la profesión de zapateros porque cada uno, de por sí, es el constructor de su propio calzado.

Como las nieves son constantes y los frios intensísimos, alcanzando el termómetro temperaturas elevadísimas, han ideado para llevar los pies siempre calientes, un sistema de botas muy original.

Primeramente, curten unas pieles de animales muy frecuentes en aquellas regiones y que, por su semejanza se parecen a nuestros lobos. Este curtido se efectúa teniendo las pieles una semana en agua clara. A continuación se le da otro baño de agua de cal durante cuatro días. Seca la piel se la desbasta, como la de los guantes con grandes cuchillas y ya finalmente, se las seca ahumándolas.

Una masa de yerba picada en húmedo y dejada a secar después, sirve para revestir interiormente esas botas. Unas bandas de tela de arpillera, al parecer, tienen la misión de constituir el forro y, encima, la piel ya curtida, sobre una horma tosca y a fuerza de calor, se va formando la bota.

La particularidad de este calzado consiste en no llevar nada cosido ni clavado. La yerba seca adquiere una dureza de piedra y su impermeabilidad es perfecta.

Logran de esta manera los habitantes de la Manchuria oriental, aminorar los efectos de los frios con este calzado pudiendo realizar sus trabajos habituales sin la menor dificultad, sustrayéndose, por lo tanto, al gasto de zapatero.

Los habitantes de la Manchuria occidental son gentes muy industriosas. Allí no existe la profesión de zapateros porque cada uno, de por sí, es el constructor de su propio calzado.

Como las nieves son constantes y los frios intensísimos, alcanzando el termómetro temperaturas elevadísimas, han ideado para llevar los pies siempre calientes, un sistema de botas muy original.

Primeramente, curten unas pieles de animales muy frecuentes en aquellas regiones y que, por su semejanza se parecen a nuestros lobos. Este curtido se efectúa teniendo las pieles una semana en agua clara. A continuación se le da otro baño de agua de cal durante cuatro días. Seca la piel se la desbasta, como la de los guantes con grandes cuchillas y ya finalmente, se las seca ahumándolas.

Una masa de yerba picada en húmedo y dejada a secar después, sirve para revestir interiormente esas botas. Unas bandas de tela de arpillera, al parecer, tienen la misión de constituir el forro y, encima, la piel ya curtida, sobre una horma tosca y a fuerza de calor, se va formando la bota.

La particularidad de este calzado consiste en no llevar nada cosido ni clavado. La yerba seca adquiere una dureza de piedra y su impermeabilidad es perfecta.

Logran de esta manera los habitantes de la Manchuria oriental, aminorar los efectos de los frios con este calzado pudiendo realizar sus trabajos habituales sin la menor dificultad, sustrayéndose, por lo tanto, al gasto de zapatero.

Los habitantes de la Manchuria occidental son gentes muy industriosas. Allí no existe la profesión de zapateros porque cada uno, de por sí, es el constructor de su propio calzado.

Como las nieves son constantes y los frios intensísimos, alcanzando el termómetro temperaturas elevadísimas, han ideado para llevar los pies siempre calientes, un sistema de botas muy original.

Primeramente, curten unas pieles de animales muy frecuentes en aquellas regiones y que, por su semejanza se parecen a nuestros lobos. Este curtido se efectúa teniendo las pieles una semana en agua clara. A continuación se le da otro baño de agua de cal durante cuatro días. Seca la piel se la desbasta, como la de los guantes con grandes cuchillas y ya finalmente, se las seca ahumándolas.

Una masa de yerba picada en húmedo y dejada a secar después, sirve para revestir interiormente esas botas. Unas bandas de tela de arpillera, al parecer, tienen la misión de constituir el forro y, encima, la piel ya curtida, sobre una horma tosca y a fuerza de calor, se va formando la bota.

La particularidad de este calzado consiste en no llevar nada cosido ni clavado. La yerba seca adquiere una dureza de piedra y su impermeabilidad es perfecta.

Logran de esta manera los habitantes de la Manchuria oriental, aminorar los efectos de los frios con este calzado pudiendo realizar sus trabajos habituales sin la menor dificultad, sustrayéndose, por lo tanto, al gasto de zapatero.

Los habitantes de la Manchuria occidental son gentes muy industriosas. Allí no existe la profesión de zapateros porque cada uno, de por sí, es el constructor de su propio calzado.

Como las nieves son constantes y los frios intensísimos, alcanzando el termómetro temperaturas elevadísimas, han ideado para llevar los pies siempre calientes, un sistema de botas muy original.

Primeramente, curten unas pieles de animales muy frecuentes en aquellas regiones y que, por su semejanza se parecen a nuestros lobos. Este curtido se efectúa teniendo las pieles una semana en agua clara. A continuación se le da otro baño de agua de cal durante cuatro días. Seca la piel se la desbasta, como la de los guantes con grandes cuchillas y ya finalmente, se las seca ahumándolas.

Una masa de yerba picada en húmedo y dejada a secar después, sirve para revestir interiormente esas botas. Unas bandas de tela de arpillera, al parecer, tienen la misión de constituir el forro y, encima, la piel ya curtida, sobre una horma tosca y a fuerza de calor, se va formando la bota.

La particularidad de este calzado consiste en no llevar nada cosido ni clavado. La yerba seca adquiere una dureza de piedra y su impermeabilidad es perfecta.

Logran de esta manera los habitantes de la Manchuria oriental, aminorar los efectos de los frios con este calzado pudiendo realizar sus trabajos habituales sin la menor dificultad, sustrayéndose, por lo tanto, al gasto de zapatero.

Los habitantes de la Manchuria occidental son gentes muy industriosas. Allí no existe la profesión de zapateros porque cada uno, de por sí, es el constructor de su propio calzado.

Como las nieves son constantes y los frios intensísimos, alcanzando el termómetro temperaturas elevadísimas, han ideado para llevar los pies siempre calientes, un sistema de botas muy original.

Primeramente, curten unas pieles de animales muy frecuentes en aquellas regiones y que, por su semejanza se parecen a nuestros lobos. Este curtido se efectúa teniendo las pieles una semana en agua clara. A continuación se le da otro baño de agua de cal durante cuatro días. Seca la piel se la desbasta, como la de los guantes con grandes cuchillas y ya finalmente, se las seca ahumándolas.

Una masa de yerba picada en húmedo y dejada a secar después, sirve para revestir interiormente esas botas. Unas bandas de tela de arpillera, al parecer, tienen la misión de constituir el forro y, encima, la piel ya curtida, sobre una horma tosca y a fuerza de calor, se va formando la bota.

La particularidad de este calzado consiste en no llevar nada cosido ni clavado. La yerba seca adquiere una dureza de piedra y su impermeabilidad es perfecta.

Logran de esta manera los habitantes de la Manchuria oriental, aminorar los efectos de los frios con este calzado pudiendo realizar sus trabajos habituales sin la menor dificultad, sustrayéndose, por lo tanto, al gasto de zapatero.

Los habitantes de la Manchuria occidental son gentes muy industriosas. Allí no existe la profesión de zapateros porque cada uno, de por sí, es el constructor de su propio calzado.

Como las nieves son constantes y los frios intensísimos, alcanzando el termómetro temperaturas elevadísimas, han ideado para llevar los pies siempre calientes, un sistema de botas muy original.

Primeramente, curten unas pieles de animales muy frecuentes en aquellas regiones y que, por su semejanza se parecen a nuestros lobos. Este curtido se efectúa teniendo las pieles una semana en agua clara. A continuación se le da otro baño de agua de cal durante cuatro días. Seca la piel se la desbasta, como la de los guantes con grandes cuchillas y ya finalmente, se las seca ahumándolas.

Una masa de yerba picada en húmedo y dejada a secar después, sirve para revestir interiormente esas botas. Unas bandas de tela de arpillera, al parecer, tienen la misión de constituir el forro y, encima, la piel ya curtida, sobre una horma tosca y a fuerza de calor, se va formando la bota.

La particularidad de este calzado consiste en no llevar nada cosido ni clavado. La yerba seca adquiere una dureza de piedra y su impermeabilidad es perfecta.

Logran de esta manera los habitantes de la Manchuria oriental, aminorar los efectos de los frios con este calzado pudiendo realizar sus trabajos habituales sin la menor dificultad, sustrayéndose, por lo tanto, al gasto de zapatero.

Los habitantes de la Manchuria occidental son gentes muy industriosas. Allí no existe la profesión de zapateros porque cada uno, de por sí, es el constructor de su propio calzado.

Como las nieves son constantes y los frios intensísimos, alcanzando el termómetro temperaturas elevadísimas, han ideado para llevar los pies siempre calientes, un sistema de botas muy original.

Primeramente, curten unas pieles de animales muy frecuentes en aquellas regiones y que, por su semejanza se parecen a nuestros lobos. Este curtido se efectúa teniendo las pieles una semana en agua clara. A continuación se le da otro baño de agua de cal durante cuatro días. Seca la piel se la desbasta, como la de los guantes con grandes cuchillas y ya finalmente, se las seca ahumándolas.

Una masa de yerba picada en húmedo y dejada a secar después, sirve para revestir interiormente esas botas. Unas bandas de tela de arpillera, al parecer, tienen la misión de constituir el forro y, encima, la piel ya curtida, sobre una horma tosca y a fuerza de calor, se va formando la bota.

La particularidad de este calzado consiste en no llevar nada cosido ni clavado. La yerba seca adquiere una dureza de piedra y su impermeabilidad es perfecta.

Logran de esta manera los habitantes de la Manchuria oriental, aminorar los efectos de los frios con este calzado pudiendo realizar sus trabajos habituales sin la menor dificultad, sustrayéndose, por lo tanto, al gasto de zapatero.

Los habitantes de la Manchuria occidental son gentes muy industriosas. Allí no existe la profesión de zapateros porque cada uno, de por sí, es el constructor de su propio calzado.

Como las nieves son constantes y los frios intensísimos, alcanzando el termómetro temperaturas elevadísimas, han ideado para llevar los pies siempre calientes, un sistema de botas muy original.

Primeramente, curten unas pieles de animales muy frecuentes en aquellas regiones y que, por su semejanza se parecen a nuestros lobos. Este curtido se efectúa teniendo las pieles una semana en agua clara. A continuación se le da otro baño de agua de cal durante cuatro días. Seca la piel se la desbasta, como la de los guantes con grandes cuchillas y ya finalmente, se las seca ahumándolas.

Una masa de yerba picada en húmedo y dejada a secar después, sirve para revestir interiormente esas botas. Unas bandas de tela de arpillera, al parecer, tienen la misión de constituir el forro y, encima, la piel ya curtida, sobre una horma tosca y a fuerza de calor, se va formando la bota.

La particularidad de este calzado consiste en no llevar nada cosido ni clavado. La yerba seca adquiere una dureza de piedra y su impermeabilidad es perfecta.

Logran de esta manera los habitantes de la Manchuria oriental, aminorar los efectos de los frios con este calzado pudiendo realizar sus trabajos habituales sin la menor dificultad, sustrayéndose, por lo tanto, al gasto de zapatero.

Los habitantes de la Manchuria occidental son gentes muy industriosas. Allí no existe la profesión de zapateros porque cada uno, de por sí, es el constructor de su propio calzado.

Como las nieves son constantes y los frios intensísimos, alcanzando el termómetro temperaturas elevadísimas, han ideado para llevar los pies siempre calientes, un sistema de botas muy original.

Primeramente, curten unas pieles de animales muy frecuentes en aquellas regiones y que, por su semejanza se parecen a nuestros lobos. Este curtido se efectúa teniendo las pieles una semana en agua clara. A continuación se le da otro baño de agua de cal durante cuatro días. Seca la piel se la desbasta, como la de los guantes con grandes cuchillas y ya finalmente, se las seca ahumándolas.

Una masa de yerba picada en húmedo y dejada a secar después, sirve para revestir interiormente esas botas. Unas bandas de tela de arpillera, al parecer, tienen la misión de constituir el forro y, encima, la piel ya curtida, sobre una horma tosca y a fuerza de calor, se va formando la bota.

La particularidad de este calzado consiste en no llevar nada cosido ni clavado. La yerba seca adquiere una dureza de piedra y su impermeabilidad es perfecta.

Logran de esta manera los habitantes de la Manchuria oriental, aminorar los efectos de los frios con este calzado pudiendo realizar sus trabajos habituales sin la menor dificultad, sustrayéndose, por lo tanto, al gasto de zapatero.

Los habitantes de la Manchuria occidental son gentes muy industriosas. Allí no existe la profesión de zapateros porque cada uno, de por sí, es el constructor de su propio calzado.

Como las nieves son constantes y los frios intensísimos, alcanzando el termómetro temperaturas elevadísimas, han ideado para llevar los pies siempre calientes, un sistema de botas muy original.

Primeramente, curten unas pieles de animales muy frecuentes en aquellas regiones y que, por su semejanza se parecen a nuestros lobos. Este curtido se efectúa teniendo las pieles una semana en agua clara. A continuación se le da otro baño de agua de cal durante cuatro días. Seca la piel se la desbasta, como la de los guantes con grandes cuchillas y ya finalmente, se las seca ahumándolas.

Una masa de yerba picada en húmedo y dejada a secar después, sirve para revestir interiormente esas botas. Unas bandas de tela de arpillera, al parecer, tienen la misión de constituir el forro y, encima, la piel ya curtida, sobre una horma tosca y a fuerza de calor, se va formando la bota.

La particularidad de este calzado consiste en no llevar nada cosido ni clavado. La yerba seca adquiere una dureza de piedra y su impermeabilidad es perfecta.

Logran de esta manera los habitantes de la Manchuria oriental, aminorar los efectos de los frios con este calzado pudiendo realizar sus trabajos habituales sin la menor dificultad, sustrayéndose, por lo tanto, al gasto de zapatero.

Los habitantes de la Manchuria occidental son gentes muy industriosas. Allí no existe la profesión de zapateros porque cada uno, de por sí, es el constructor de su propio calzado.

Como las nieves son constantes y los frios intensísimos, alcanzando el termómetro temperaturas elevadísimas, han ideado para llevar los pies siempre calientes, un sistema de botas muy original.

Primeramente, curten unas pieles de animales muy frecuentes en aquellas regiones y que, por su semejanza se parecen a nuestros lobos. Este curtido se efectúa teniendo las pieles una semana en agua clara. A continuación se le da otro baño de agua de cal durante cuatro días. Seca la piel se la desbasta, como la de los guantes con grandes cuchillas